III Época La Plata, Marzo de 1930 Num. 203

Correspondencia a:
DOMINGO DE AGOSTINO
CALLE 51 Nº 837

IDEAS

La verdad no puede ser nociva.
Helvetius.

— La oposición individual —

Hemos dicho y lo sostenemos con el apoyo de los hechos, que la mayor parte de los males que afligen a la humanidad: esclavitud económica y política, guerras, crimenes, pauperismo, prostitución, ignorancia se deben a la absurda organización de la sociedad, a la existencia de ciertas instituciones opresivas que fomentan y mantienen ese estado de cosas, por necesidad de su propia conservación y en provecho de las castas dirigentes.

Asi el estado con su complicada armazón burocrática, ejército, magistratura, policia, etc. necesita para vivir la sumisión del pueblo, necesita que haya conflictos entre los individuos para aparecer como intermediario, guardián del orden, que haya guerras, delitos para justificar sus cuarteles, sus cárceles y otras instituciones análogas que constituyen un tremendo lastre para el progreso.

El sistema de propiedad capitalista que provocan la miseria y la extenuación en la gran masa productora, necesita a su vez que esa miseria, no solo económica sino también moral e intelectual persista, a fin de afirmar y extender su poderío su perniciosa protección parasitaria.

Iguamente la iglesia órgano de la casta sacerdotal, que explota las creencias o convencionalismos religiosos, como la burguesía explota la producción y el Estado otras necesidades sociales, necesita de la ignorancia y credulidad del pueblo para continuar medrando como potencia que detenta un privilegio a la vez que vela por la conservación de los demás poderes.

Por tanto, esas tres potencias conservadoras, contribuyen con sus multiples recursos a mantener el estado presente de la sociedad con todos sus vicios y aberraciones.

Eso es evidentemente cierto. Como hacer pues para remediar la situación? Como librarnos de la abyecta iniquidad que nos rodea y que nos degrada en nuestra condición de hombres?

De lo anteriormente dicho se concluiría que solo cabe buscar la solución en el desplazamiento, en la muerte de las instituciones citadas, para crear otras más adecuadas a la justicia y a la armonía entre los humanos, conlusión sin duda legítima en lineas generales.

Pero querria decir entonces que hasta tanto esa transformación no se verifique, hasta tanto no culmine ese proceso complejo que llamamos revolución social, hemos de comportarnos como pasivas víctimas de una situación que nos repugna? Hemos de plegarnos tranquilamente a las mil bajezas y claudicaciones que el medio social trata de imponernos, acatando normas, conveniencias, costumbres que ofenden nuestra conciencia individual?

Nosotros contestamos negativamente estas cuestiones que en una u otra forma se plantean a quien habiéndose emancipado de los dogmas reinantes se siente solo, débil, aislado, frente a la mole de las instituciones y ante la avalancha del gran rebaño que arrean los amos.

Decirnos que es cuestión de dignidad personal oponerse a la podredumbre general, afirmando con la propia conducta valores de una moral superior, sin preocuparse en el noventa o noventa y cinco por ciento de la humanidad sigue aferrada a la rutina. La oposición a lo estatuido es siempre posible en mayor o menor escala cuando hay voluntad para ello. No se trata de una mera oposición verbal más o menos ruidosa o declamatoria, ni siquiera de la sola crítica teórica bien razonada. Se trata de vivir de otro modo, de demostrar con el ejemplo de como es posible desenvolverse sin jefes, ni patrones, sin leyes ni sanciones punitivas. Si obstáculos insuperables nos impiden realizar la vida tal como la concebimos, no es razón que renunciemos en absoluto a realizarla hoy mismo, sino es deber nuestro esforzarnos por lograr la mayor proximidad posible con el ideal concebido, sean cuales fueran las condiciones externas.

Ese esfuerzo constante por aplicar las ideas en todos los órdenes de la existencia constituye el más bello exponente de la personalidad, y la forma más eficaz de oposición. El Estado podría obligarnos a pagarle impuestos o privarnos de la libertad porque dispone de la fuerza, pero no nos podría obligar a ser violentos, autoritarios o sumisos. El burgués podrá quitarnos el producto de nuestro trabajo porque dispone de los medios de producción, pero no podría obligarnos a participar de su moral utilitaria, a ser como él sórdidos, mezquinos, esclavos del dinero.

Si como hemos dicho, las instituciones vigentes fomentan y perpetuan el mal social, no es menos cierto que ellas se apoyan en los sentimientos de autoridad, de violencia, de mezquindad egoista que a traves de muchos siglos hicieron arraigar en los hombres. Es pues posible y necesario reaccionar contra tales vicios en la mentalidad de cada uno para que el mal sea curado en el conjunto. Todo lo que en ese sentido haga cada individuo significará un triunfo de su personalidad sobre el medio y una manera de contribuir a la renovación de los valores sociales, cosa que no ha de producirse repentina y milagrosamente sino tras un hondo proceso de maduración en las conciencias.

Plagas Oficializadas

El epígrafe pertenece a un diario ultra burgués y se refiere a las plagas que afligen a la agricultura, contra las cuales se ha creado la "Defensa Agrícola", una plaga más, que tiene la atribución de obligar a los colonos a extirpar, determinado elemento dañino a los cultivos, declarándolo oficialmente como plaga.

Al respecto comenta el aludido diario: «Actualmente son 29 las plagas en las cuales entran insectos, roedores, bacterias, hongos y yuyos. Lejos de disminuir, las plagas han aumentado considerablemente desde la creación de la Defensa Agrícola y hasta parecería que bastase oficializar una plaga, mediante un decreto para comunicarle mayor poder de virulencia».

He aquí una conclusión que el autor del comentario no se atreve a generalizar, pero que lo hacemos nosotros, conociendo lo que vale la intervención del Estado en semejantes funciones. La Defensa Agrícola es una entidad burocrática como tantas otras cuyos componentes solo tienen interés en justificar su puesto. Si no hubieran plagas, ellos estarían demás, luego las plagas son necesarias para su existencia. Es lo que ocurre con todos los organismos oficiales destinados a combatir algun mal: demuestran que la mayor plaga la contribuyen ellos mismos.

— Del movimiento obrero —

Una práctica perniciosa

* * *

La existencia de organismos obreros, sindicatos, para la lucha contra la dominación burguesa y estatal, es una necesidad plenamente justificada por las actuales condiciones sociales.

Surgidos por la presión del yugo económico o al calor de idealidades subversivas, es indudable que cumplen una función útil desarrollando entre los explotados aptitudes de lucha, espíritu de solidaridad y asociación, aparte de relativas mejoras inmediatas que logran por su intermedio. Por efimeras que éstas sean siempre son preferibles a la imposición del puro arbitrio burgués.

Por otra parte, siendo estos organismos productos del sistema capitalista, se hallan expuestos a muchos vicios inherentes a éste, tales como el egoismo corporativo, la centralización, el burocratismo, etc. A menudo se achacan estos males a maniobras de dirigentes cuando en verdad tienen su raiz en la naturaleza misma del organismo, responden mas bién a la mentalidad media de los obreros que lo constituyen.

Hay pues en el sindicato obrero, mejor dicho en la lucha obrera, ciertos aspectos loables, dignos de estimularse y otros perniciosos que es preciso combatir procurando anularlos. Hablamos del punto de vista de la lucha anarquista contra el régimen presente y en vista a la propagación de nuestro método libertario.

Habria, sin duda, mucha tela que cortar con este tema, uno de los más debatidos en nuestros medios. Pero hoy queremos limitarnos a considerar uno de sus aspectos negativos, sin perjuicio de tratar otros en distinta oportunidad.

Es común que el sindicato imponga, cuando puede, el empleo exclusivo en el trabajo, de personal asociado. En principio esa exigencia tiene por objeto defenderse contra la posible intromisión de elemento patronal, rompehuelgas, que sometiendose docilmente a la explotación pondrian en peligro las mejoras conquistadas Sería una medida contra el patrón.

Pero ocurre que el sindicato se habitúa a considerar el trabajo disponible en un cierto oficio y localidad, como algo que le pertenece en legítima propiedad, como un derecho solo accesible a sus asociados y vedado a los demas trabajadores. Se establece de hecho un privilegio en favor de un grupo de individuos, resabio lejano del que mantenian las corporaciones medioevales. Consagrada la exclusión de los no organizados, la rutina de los procedimientos no tiene en cuenta ninguna situación justificativa. Tácitamente se supone q' todo obrero no organizado es un enemigo, un servidor del capital lo vulgarmente llamado un "carnero" y se le pone el dilema de la organización o el hambre. Como el ingreso a la organización supone ciertos trámites, informes y requisitos, el estricto control sindical significa muchas veces para el obrero, simplemente el hambre o la necesidad de «carneriar» realmente.

De este modo el obrero se acostumbra a ver en el sindicato una autoridad más cuyas disposiciones hay que acatar, para tener derecho al trabajo. Puesto que no se adula antes a su conciencia, ni se le explican los beneficios de la asociación y la solidaridad, puesto que no se le recibe cordialmente sin indagar su pasado, sino que antes todo se le coloca frente a una situación de fuerza, necesariamente tiene de conportarse como con toda institución autoritaria: se le obedece mientras tenga poder para hacerse obedecer trabando burlar disposiones en cualquier oportunidad.

Asi se explica organismos al parecer potentes derumben ante el primer descalabro. Es que la gran masa estaba alli a la fuerza, sujeta por la diciplina sindical y ha aprovechado la primer ocación para zafarse de ella. Luego ante el mal mayor de una explotación más dura opta por volver al redil. Y vuelta a lo mismo.

Una de las peores consecuencias de ese sistema es reforzar la mentalidad autoritaria en el obrero, educándole en la obediencia pasiva antes que en la práctica de la solidaridad espontanea, que sería uno de los más bellos titulos para la asociación general. Se forman en tales moldes elementos aptos para erigir camarillas y pequeños dictadores, lo q' para la finalidad libertaria constituye la más grade rémora.

La cuestión se torna más grave aún, cuando en una localidad existen más de un sindicato del mismo oficio. Sabemos que generalmente hay motivos legítimos de diversidad y no habría ningun mal si a pesar de las divergencias, se consideran mutuamente como siempre traidores, vendidos al capitalismo y cualquier procedimiento contra ellos se justifica de antemano.

Ese criterio ha llevado a las más grandes aberraciones. Se entablan conflictos sin ninguna exigencia al burgues q' solo para desalojar a obreros que no pertenecen al sindicato «legítimo». Se cultiva la persecución y la represalia y se llevan a verdaderas luchas cuerpo a cuerpo por disputarse el control único del trabajo y el privilegio de hacer entrar a los explotados en tal o cual sociedad.

Tales exesos agravados por el sectarismo cerril, han creado una situación desastrosa de odio y violencia, que ya no solo el principio libertario, sino el simple interés de clase es perjudicado, mucho más que con las medidas represivas del Estado.

Lo más triste es que ese sistema de organización forzosa y del control único, ha sido y es propiciado aqui por los anarquistas que sacrificaron sus convicciones antiautoritarias al interés de la Organización, interés mal entendido, después de todo.

Creemos que dada la experiencia recogida sería conveniente reaccionar contra esa práctica funesta. Nunca es desdoroso reconocer un error y mucho más digno es rectificarse que persistir en él por puro empecinamiento o rutina.

La explotación perfeccionada

En tren de perfección la técnica de producción, el capitalismo en su expresión más desarrollada, el norteamericano, ha logrado rendimientos maravillosos. Se fabrican todos los productos capaz de venderse en series fabulosas reduciéndose el costo por un aprovechamiento estricto y minucioso de todos los factores de producción. Gracias a eso la burguesía yanqui realiza ganancias colosales lo que induce a imponer su sistema de explotación en todo el mundo.

Ese aprovechamiento estricto, científico, "racional", afectan en primer término al obrero. Se trata de sacarle el máximo de rendimiento a su esfuerzo, hacer de modo que ni un gesto, ni un movimiento suyo durante el tiempo de trabajo se distraiga del proceso productivo. En definitiva se ha perfeccionado lo que el maquinismo inició ya hace tiempo: convertir al hombre en una pieza automática, adaptada rigurosamente a la entidades en lucha contra el enemigo común. Pero el exclusivismo sindical no permite tal cosa. Considerando cada sindicato que solo sus miembros tienen derecho a trabar, tratarán por todos los medios de impedir el acceso y expulsar a los de la oaganización "rival" que de acuerdo su moral son necesidad del complicado mecanismo de cuyo conjunto el viene a ser una mínima parte.

Si del punto de vista del lucro burgués tal explotación "científica" es un éxito, para el obrero, en cambio, para la sociedad en general, representa un nuevo peligro, un problema insoluble en las actuales condiciones sociales.

Se ha comprobado que con ese sistema el desgaste nervioso y vital es

mucho más intenso. En pocos años de trabajo, sometido a una tensión extrema, el individuo queda literalmente agobiado. Es un hecho que en las fábricas ultramodernas no se ven sino personas jóvenes; para los viejos no hay lugar. Y la vejez empieza antes de los cuarenta años. Con saber que todos los movimientos del obrero estan controlados cronométricamente, que trabaja con la obsesión del que le cuentan los minutos, hostigado por la orden de evitar todo ademán "innecesario", se comprende de inmediato hasta qué punto ha de aniquilar ese régimen al individuo mejor templado.

El contingente de inutilizados, de viejos prematuros, candidatos al hospicio, desechos que arroja el engranaje capitalista sin detenerse, cuya suerte no han de remediar las "Clínicas del Trabajo" que se van creando ese contingente pavoroso, aumenta con la misma rapidez que la perfección industrial.

Igualmente crece la legión de desocupados, esos que aún son aptos para el trabajo, a quienes el hombre empuja a entregarse a cualquier tarea, a no importa en que condiciones, pero que son rechazados por sobrantes, por poseer precisamente aquellos brazos que la físico-técnica y la técnica-mecánica han economizado.

Todo eso no representa ninguna novedad. Siempre ha procurado el capitalismo extraer el mayor beneficio posible del trbaajador sin cuidarse de la salud o la vida de este, ni tener en cuenta el porvenir de la especie, amenazada de miseria fisiológica y otros males trasmitidos por herencia y contraídos por efectos de una explotación desmedida. Lo que ocurre es que hoy los métodos son más perfectos y por lo tanto los resultados aparecen con mayor crudeza.

La raiz del mal está pues en la existencia misma del privilegio capitalista. Se debe todo al sistema criminal que considera el trabajo como una mercaderia y al productor como un simple instrumento usado con fines de lucro.

El remedio de aquella situación sublevante no está en volver a los métodos primitivos de trabajo ni a la herramienta prehistórica. Es cuestión de orientar la técnica teniendo en cuenta las necesidades vitales de todos los hombres, como productores y consumidores. Entonces será beneficiosa, en lugar de causar estragos. Más para llegar a eso es necesario quitar al control burgués la enorme riqueza social y ponerla a disposición de libres asociaciones de productores, inspiradas en un sentido igualitario.

Jacobo

Problemas sociales

En la antigua y actual sociedad, el hombre ha tropezado siempre con el problema de mantener su vida, es decir de proveerse de abrigos y alimentos para no sucumbir prematuramente como individuo viviente.

Para consumir el hombre tiene que producir, pues la naturaleza no le ha puesto la papa en la boca, como vulgarmente se dice; luego la producción o sea el trabajo es una necesidad para el que quiera consumir.

Considerado el hombre aisladamente, el problema se hace tan sencillo que desaparece; él trabajará por impulso orgánico, para poder comer, beber, etc. lo que precisa; mientras más cosas le exijan su cuerpo y su espíritu, más tratará de producir.

Pero el hombre en sociedad tiene una conducta tan distinta de la del solitario, que puesto en este último estado por cualquier circunstancia, encontraría recias dificultades, que podrían llevarlo a su destrucción.

Siempre los hombres "sociales" (que son los que nos interesan), han tratado de hacer más fácil su sostenimiento y acomodo; pero debido a que el escaso desarrollo de sus conocimientos y de su inteligencia, no le permitieron crear un sistema económico basado en la conciencia del trabajo como función obligatoria de todos ellos, dejaron o impulsaron a algunos de sus semejantes para que les controlaran la producción é hicieran el simulacro de obligarles a la misma.

Hasta este momento, esta organización social, que implica la existencia de un porcentaje de parásitos, es casi totalmente, producto general de la incapacidad humana. Pero una vez que la casta dirigente del trabajo se fué organizando y absorbiendo todas las actividades, trató de continuar siempre en ésta cómoda posición, y para esto, se alejó de la masa productora manteniéndola a una distancia religiosamente cuidada y seguida por ella. La conservación, propagación y transmisión de ésta distancia necesita intermediarios, a medida que se corre en el tiempo, y el Estado encontró a estos intermediarios en la policía, en el ejército y en la religión. De esta manera los que no trabajaban para producir cosas útiles a la subsistencia(y que no elaboraban más que productos por digestión) eran los que mejor vivían.

Es claro que la estafa fué tan grande que una vez borrada en parte, la sumisión religiosa ante las autoridades humanas, en la mente de los trabajadores, estos la notaron y trataron de emanciparse de ella.

Unos reaccionaron como buenos animales domésticos cansados todavía por la faena diaria, siguiendo en la creencia de la necesidad del amo, pero tratando de acomodarse y volverse como aquel. Otros reaccionaron más intelectualmente propiciando y sosteniendo una teoría destructiva del y amo por consiguiente la creación de una sociedad en que existiese la producción integral.

El problema económico actual es el mismo que el de siempre, con variantes del siglo. Hay una cantidad enorme de parásitos en calidad de gobernantes, empleados, policías, militarotes, clérigos, etc. que aunque trabajan no producen para el consumo y tampoco para el bien de la humanidad pues siempre han sido los que persiguieron a los benefactores de ésta. Suprimiéndolos como número que aumenta el divisor de los productos elaborados, sin contribuir a su formación, se aumentaría este dividendo por el trabajo de ellos y con esto disminuiría la proporción de este último o manteniendo constante esta aumentaría la proporción que podría contribuir en término medio cada hombre. No quiero decir con esto, que cada uno debe recibir por su trabajo una cantidad igual de productos o de comodidades, sino que en general (admitiendo las variaciones en cada individuo social) habría más para cada cual.

Admitiendo que la cantidad de parásitos es enorme actualmente, debido al control y acaparamiento de la producción, que es ahora enormemente mayor que en épocas pasadas y a las consecuencias terribles que producen (guerras, hombres, etc.) se hace necesario por un lado hacer entender a los obreros su inferioridad ante la realidad material de su vida y a los capitalistas de su inhumana tiranía é inútil existencia, (apelando a sus sentimientos, dignidad, etc.) y por otro, hacer efectiva la presión revolucionaria que vaya quitando, paulatina o bruscamente, al control del gobierno, su fuerza e importancia actuales.

Luego la solución que damos los anarquistas para formar productos conscientes, es la que lleva apareja da nuestro ideal, siempre que juzga un fenómeno social, sería en este caso la creación, por medio de la cultura, de una convicción en cada hombre que quiera vivir socialmente, de tener que producir algo en favor de la sociedad de que forma parte.

Basadas principalmente, en la posibilidad de que todos produzcan (tanto intelectual como moralmente) por impulso propio, originado este por la convicción de la necesidad del trabajo, construimos teóricamente la sociedad libre en la que se podrá llevar a la libertad y a la tolerancia, por los caminos que las llevan a la perfección.

Grin

Violencia y progreso social

o o o o o

Si algo nos enseña la historia de los ensayos efectuados con el propósito de reformar o transformar la sociedad, en vista a condiciones más equitativas es esto: que es imposible afianzar ningún cambio positivo, ninguna forma nueva, si ese cambio no se ha realizado previamente en un grado apreciable en la mentalidad de gran parte del pueblo.

Se ha querido a menudo desde las esferas del poder, mediante leyes y decretos, implantar reformas, a veces loables, que por no tener arraigo en las conciencias fracasaron ruidosamente, dejando resultados opuestos. El sueño de algunos utópicos antiguos de realizar la felicidad universal por obra de un soberano filántropo y sabio que dictara leyes justas obligando a acatarlas a todos, se ha esfumado después de algunas tentativas de práctica llevadas a cabo en diversas épocas.

Al contagio con las corrientes ideológicas de la Revolución Francesa, algunos reyes europeos, como José II de Austria procuraron desde arriba podar las atribuciones feudales y el poder excesivo del clero. Más como los pueblos sometidos a su dominio no habían asimilado dichas ideas, rechazaron dichas reformas que tendían a beneficiarlos y que les aparecían como una simple imposición despótica; a tal punto que hubo insurrecciones alentadas por el clero en defensa del mismo régimen que la gran revolución había quebrantado. Las reformas fueron anuladas.

Ejemplo análogo representa la sublevación de los campesinos vendeanos contra la revolución que quería emanciparlos del yugo feudal. No habiendo comprendido las grandes ideas que agitaban el siglo, imbuidos del fanatismo religioso, aquellos míseros siervos se hacían matar por conservar su esclavitud milenaria. Los decretos incansables de la Convención no hicieron sino exasperar su celo fanático.

En múltiples hechos de menor cuantía se produce el mismo fenómeno.

Dondequiera se aplican reformas por vía legal, impositivas, resultan letra muerta si no cuentan con una mentalidad favorable del pueblo, es decir si no se han efectuado antes de hecho. Así sucede con las llamadas leyes obreras que nunca se cumplen donde el nivel de la conciencia popular es demasiado bajo. Lo mismo cuando se reprime por medio de leyes ciertos vicios sociales como alcoholismo, delincuencia, etc. Los efectos son siempre contra producentes.

En ese cúmulo de hechos, pequeños y grandes, se fundamenta la objeción anarquista a emplear el Estado como auxiliar del progreso social, aparte de la característica esencialmente reaccionaria de dicho organismo, comprobada en su función de defensor del privilegio a traves de sus diversas metamorfosis.

La impotencia del Estado en ese terreno señala un aspecto del valor negativo de la violencia. Por medio de la imposición legal o arbitraria, sea de un individuo, de un grupo o de una ficción jurídica se puede sojuzgar a los hombres por cierto tiempo, se puede crear y mantener iniquidades y miserias; pero no se puede por los mismos medios establecer relaciones armónicas, afianzar la libertad individual, ni elevar en un ápice el concepto de dignidad humana. Es que estas condiciones, demostrativas del progreso social, responden a un proceso de desarrollo incapaz de acelerarse por la educación, la influencia ideológica, la difusión de conocimientos, pero nunca ser forjado artificiosamente ni menos impuesto a la fuerza.

Tomemos por caso el fanatismo religioso, factor de tantos horrores en la historia. Mediante la violencia del poder político se le ha mantenido y fomentado durante siglos y aún se continúa en ese tren, pero si hoy el fanatismo es mucho más débil, si ya no causa tantos estragos, no es porque coercitivamente se ha obligado a los hombres a no creer en ciertos dogmas y leyendas absurdas, sino porque las conquistas de la ciencia, la difusión de la cultura, el mayor grado de ilustración ha llevado a las masas a apartarse del absolutismo religioso y con esto el terrible poder clerical quedó de hecho quebrantado, reducido a proporciones mínimas. Una obra paciente de infiltración ideológica ha logrado este resultado. En cambio toda vez que se ha intentado reprimir la religión de modo autoritario se obtuvo un recrudecimiento de fanatismo.

De modo que la violencia autoritaria, apta para detener el progreso es impotente para impulsarlo. Su valor es siempre negativo. Siendo así, qué papel ha de desempeñar la violencia revolucionaria, es decir la fuerza insurrecta de los descontentos que intentan desplazar una forma social, en nombre de principios más elevados? No será una violencia semejante a la otra en cuanto al sentido constructivo?

Ante todo, ninguna revolución que merezca llamarse tal, surge sin una profunda penetración de ciertas ideas motores; derechos políticos, igualdad económica, etc. Puede decirse que el hecho o conjunto de hechos que se llama revolución no es sino una manifestación externa de aquellas ideas que han ido elaborándose lentamente en los espíritus. En lo que refiere a la parte exclusivamente violenta del fenómeno, su intervencion se requiere solo para quitar la traba de las instituciones viejas que impiden la práctica de lo nuevo. El régimen caduco se resiste a desaparecer y para precipitar su ruina, el choque violento se hace imprescindible

Pero si la misma violencia que se ha empleado para abatir los poderes reaccionarios, se continúa usando en la obra constructiva, si del mismo modo que se ha obligado a los viejos amos a declinar sus privilegios, se quiere obligar a todos a seguir determinadas normas, por amplias que parezcan, entonces la violencia revolucionaria se convierte en simple despotismo igual a cualquier otro, siendo por tanto estéril y contraproducente. El experimento de la revolución rusa prueba acabadamente esta verdad.

De ahí se deduce que para la obra constructiva, lo verdaderamente importante de la revolución, la imposición sobre por completo. Y desechando ésta no queda sino contar con la libre iniciativa de las masas, con el grado de capacitación que hayan adquirido para vivir sin amos, con la buena voluntad de las diversas tendencias para convivir en armonía.

Fallando esa iniciativa popular, siendo precaria esa capacidad para resolver las funciones vitales de la sociedad libremente, la revolución ha de fracasar o estancarse por grande que haya sido el impulso primitivo. No habrá heroismo, ni sacrificios ni fervor combativo capaces de suplir esa falta de capacidad popular para vivir sin amos y saberse respetar mutuamente sin intervención de poderes tutelares.

Para los anarquistas que quieren precisamente una sociedad sin tutelaje, la capacitación en ese sentido reviste capital importancia. Desde que sería absurdo imponer la libertad por la fuerza habrá que esperar la práctica de aquella del desarrollo de una conciencia libertaria en el pueblo; mas no esperar a que tal desarrollo se produzca de por sí, que puede no producirse, sino contribuir por la prédica y el ejemplo, la propaganda y la acción, a que se forme y se extienda cada vez entre el

Simulación precoz

Estamos habituados a oir clamar a nuestros jóvenes intelectuales, los representantes, según ellos, de la generación renovadora de valores culturales, contra el chato materialismo de la época, contra la sordidez deshonesta de los maestros fósiles, contra la estrechez del positivismo trasnochado que pretende medir y dosificar las manifestaciones libres del espíritu.

Ellos, los de la nueva generación, viven para la especulación desinteresada, movidos por las nobles inquietudes espirituales. Nada les preocupa si no es la cultura, renovada desde luego, depurada de toda espúrea mezcla profesionalista. Unos verdaderos apóstoles los muchachos.

Claro es que nos ha sonado a hueca y farolera su complicada fraseologia, pero pensábamos que quizás nuestra ignorancia plebeya no alcanzaba a penetrar cosas tan profundas.

Pero es el caso que las sonoras invocaciones superadoras no impiden a los interesantes jóvenes comportarse como el arrivista más vulgar o el más pedestre materialista. Pese a un cierto izquierdismo de buen tono, no tienen a menos ponerse al servicio de cualquier figuron reaccionario o de un infimo caudillo de comité por llevar el ideal genuinamente criollo: el acomodo. Al parecer el estar comodamente asentado en el presupuesto, universitario o burocrático no impide deshacerse en inquietudes espirituales. Bien, pero la dignidad humana, la simple verguenza, donde quedan? Son acaso tambien conceptos ingenuos y trasnochados?

Quizás. Pero preferimos atenernos a ellos. Y ante el espectáuulo triste de una juventud que se vende, alardeando de idealismos, pensamos en la profunda abyección de uns sociedad que de tal modo pervierte las conciencias, que prostituye los mas nobles anhelos.

BOB

•• -O- ••

No hablamos sólo para los creyentes incurables del pasado. Hablamos más bién para los creyentes de la revolución, del porvenir dichoso de la felicidad venidera, Hablamos para los soñadores que, creyendo demoler, reconstruyen; que, juzgándose revolucionarios, son la persistencia dogmática, ciega, de las viejas aberraciones;

Ricardo Mella

---

pueblo un claro concepto de libertad y de dignidad personal.

Sin eso la violencia revolucionaria no se diferenciará gran cosa en sus efectos de la violencia gubernamental.

Anyone

Origen del Anarquismo

Fragmento de: "La Ciencia Moderna y el Anarquismo"

Kropotkine

La anarquía no tiene su origen en las investigaciones científicas ni en sistema filosófico alguno. Las ciencias sociológicas están lejos todavía de haber adquirido el mismo grado de exactitud que la física y la quimica. Aun, con relación al estudio del clima y del tiempo (en Meteorología), no somos capaces de pronosticar con un mes o con una semana siquiera de anticipación las condiciones meteorológicas correspondientes; sería, pues, inocente pretender que con el auxilio de una ciencia tan moderna como la Sociología que trata de cosas infinitamente más complicadas que el viento y la lluvia, pudiéramos presentir científicamente los sucesos. Además es necesario no olvidar que los hombres de ciencia no son sino hombres como los otros y que en su mayoría pertenecen a las clases acomodadas, y por tanto comparten sus prejuicios. Por añadidura no pocos están al servicio del Estado. Es así de toda evidencia que la anarquía no procede de las universidades.

Del mismo modo que el socialismo, genéricamente hablando, y otras manifestaciones de carácter social, el anarquismo tiene su origen en el pueblo y únicamente conserva su vitalidad y su fuerza creadora en tanto cuanto persiste en su condición de movimiento popular.

A traves de todos los tiempos han estado en conflicto dos corrientes de pensamiento y acción en medio de las sociedades humanas.

De una parte, las masas; el pueblo forjó a fuerza de trabajo, en el curso de su existencia, un cierto número de instituciones necesarias para hacer posible la vida social, el mantenimiento de la paz, el arreglo de los conflictos y la práctica del apoyo mutuo en todas aquellas circunstancias que requiriesen combinación de esfuerzos. La costumbre de tribu entre los salvajes, las comunidades rurales, más tarde las hermandades industriales en las ciudades de la Edad Media, los primeros elementos de la ley internacional que aquellas ciudades elaboraron para establecer sus relaciones mutuas; esas y muchas otras instituciones fueron desarrolladas y acabadas laboriosamente, no por la legislación sino por el espíritu creador de las masas.

De otra parte florecieron siempre entre los hombres los tenidos por magos, oráculos y sacerdotes, fundadores y guardianes de un rudimentario conocimiento de la Naturaleza y de los primeros elementos del culto al sol, a la luna, a las fuerzas naturales, culto ancestral. Conocimiento y superstición se daban entonces la mano; los primeros rudimentos de la ciudad y los comienzos de todas las artes y oficios estaban perfectamente entretejidos con la magia, cuyas fórmulas y ritos se ocultaban cuidadosamente a los no iniciados. Al lado de estos incipientes representantes de la religión y de la ciencia había también los hombres expertos en costumbres antiguas; hombres como los brehons de Irlanda, que conservaban de memoria los precedentes de la ley. Y había asimismo los jefes de las bandas guerreras a quienes se suponía en posesión de los mágicos secretos del éxito en las batallas.

Estos tres grupos de hombres formaban entre si sociedades secretas para guardar y transmitir — después de una larga y penosa iniciación — los secretos de su ciencia y de su oficio; y si a veces luchaban entre sí, prontamente y sobre la marcha se ponian de acuerdo y ayudándose de diferentes modos a fin de poder dirigir las masas, reducirlas a la obediencia, gobernarlas y hacerlas trabajar para ellos.

Es evidente que la anarquía representa la primera de estas dos corrientes, es decir, la fuerza creadora y constructiva de las masas que elaboraron las instituciones de la ley común a fin de defenderse de una minoría dominadora. Y con esta fuerza creadora, con esta eficacia constructiva del pueblo y el auxilio de todo el poder de la ciencia y de la técnica modernas, cuenta hoy la anarquía para fomentar todas las instituciones indispensables al desenvolvimiento de la sociedad, bien al contrario de cuantos cifran sus esperanzas en las leyes dictadas por minorías gobernantes privilegiadas.

Resumiendo: el anarquismo tuvo su origen en la actividad creadora y constructora de las masas que elaboraron, en remotos tiempos, todas las instituciones sociales de la humanidad, y en las rebeliones de los individuos y de las naciones contra los representantes de la fuerza — externa a dichas instituciones —, que al poner las manos sobre ellas no hicieron más que utilizarlas en su beneficio particular. Todos aquellos rebeldes que clamaban por reintegrar al genio creatriz de las masas la necesaria libertad para que pudieran desenvolver su actividad creadora y construir las instituciones requeridas por los nuevos tiempos, estaban imbuidos del espíritu netamente anarquista.

— LA HORA —

—(o)—(o)—(o) -(o) -(o) -

Se podrá marcar una hora, señalar un dia, determinar una fecha para poder librar batalla, ruda y tenaz batalla contra la tiranía imperante de los gobiernos?; ¿contra el despotismo y barbarie del monarca del reino?

Cual sería ella; donde y como se pudieran precisar sus valores de efecto o de prueba y hasta de consistencia de fracasados o felices éxitos?

La primero no se halla ni en el reloj ni en el almanaque.

Lo segundo tampoco dá lugar a consideraciones establecidas porque es de todo tiempo y momento.

No transcurre un instante — por breve que se le considere — en que, la lucha no se deje sentir como una imprescindible e impostergable necesidad de empuje y superación.

El descuido de un solo segundo da lugar a una sensible baja en la presión del ánimo combatiente que debiera de estar en contínua ascensión de calor, de fuerza, de potencia. ¡Y cuantos dias se pierden esperando la hora!...

— Qué hora?

-- La hora revolucionaria; o por lo menos "algun acontecimiento de importancia" que temple la voluntad, caldee el ánimo; que despierte las insurgencias asentadas en lo indiferente, tumbados y aletargados sobre la quietud ya rayana con el abandono, con la cobardía

Poco calor y poco estímulo individuales: esto es lo real.

Calmosos, con marcada pereza, hemos depuesto toda acción vital para tornarnos contemplativos como los dioses vencidos de la leyenda.

Nada parece inquietarnos.

La conformidad parece ser tan perfecta en nosotros que no dá lugar a réplica.

Damos la sensación de cuerpos cansados; de energías exhaustas.

Lo viril y nervudo del ideal, no tienen: las proyecciones luminosas de su claridad; las fibras tensas con toda la salud de su acción,

Nos encerramos como los monjes en su convento en la espera de la "gracia divina". Decimos algunas palabras, más por costumbre, que por hacernos oir; dar pruebas de que existimos para luchar.

La duda parece que ejerciera una soberania absoluta sobre todos nuestros actos; pero no la duda conceptual - siempre aceptable por lo buena —de análisis, de estudio que aquilata incertidumbres, despeja los nubarrones de la memoria y deja ver el limpido azul de la inteligencia que investiga la incógnita y descubre verdades. Es la duda vulgar, pesada, turbia como el alma del conformista que acepta y se complace en todo momento porque cualquier credo, circunstancia o medio, le es convenientemente oportuno. Lo demás: llamada, observación, solicitud, lo acoge con un movimiento de hombros que nada dice pero todo se le entiende.

Estas son las perspectivas que ofrece una buena parte de la militancia anarquista,

Y en tanto esperan la hora...; la hora que no llegará nunca porque es de siempre, de todo momento: de ahora. Y es de todo lugar y latitud.

Qué indice o qué destino pueden indicar, silenciosa o ruidosamente, la hora, fatal o augusta, para que la la inquietud insurgente tome presto piqueta demoledora del presente, y luego, las herramientas constructoras del porvenir?...

No hay índice ni destino fuera de la voluntad del hombre. En el corazón y el pensamiento del hombre debe, puede estar; y está la hora, precisa, exacta.

* * *

Estela y senda indican la ruta,
Intuición y audacia señalan la hora.
Pensamiento y volición precisan la lucha,

Toda espera es abandono lamentable, olvido sensible. En este sentido no hay excusa posible. Y quién lo quisiera justificar en manera alguna no dejará de cometer un grave absurdo.

No hay tiempo que perder buscando la hora...

La tragedia humana es de toda hora. El dolor proletario de todo minuto. La tirania, la infamia, la persecución, son de todo segundo.

La opresión y la muerte siempre estan en acecho...

Hay que transponer las horas luchando siempre.

Oigamos la voz que en todo instante nos dice: ¡Adelante!

Y despues...

Digamos con Barrett: "nuestro mar no tiene riveras"

A. M. C.

Parece Mentira!

Parece mentira que hoy, en pleno siglo veinte, que dicen de gran civilización, después de que tanto se ha luchado por elevar el nivel de vida del pueblo, lucha en la cual tantos mártires han caido en todos los paises del mundo, para asegurar a todos, pan, morada, el goce de los derechos que como hombres nos corresponden, parece mentira digo, que aún después de todo eso los trabajadores tengamos que ambular hambrientos y desesperados, buscando quien alquile nuestros brazos y nos conceda a cambio un mísero mendrugo para nosotros y para nuestros hijos.

La situación es triste en verdad, pero peor todavia es el espetáculo que nosotros mismos ofrecemos cuando por un pedazo de carne y un trago de vino, entregamos nuestra dignidad de productores, al politico, ese párasito encumbrado a costa de nosotros mismos y que nos arroja una miserable piltrafa después de gozar a sus anchas de lo que hemos producido con nuestro esfuerzo y que nos fué esquilmado por los patrones y el gobierno. Ahora nos buscan y nos arrean como a rebaños para esquilarnos. Con el cebo de promesas vagas que nunca se cumplen, se aprovechan de nuestra miseria y nuestra inconciencia para subir al poder y desde allí continuar parasiteando y mantener nuestra explotación en nuestro propio nombre.

Y pensar que todo eso y las demás plagas que sufrimos se deben a la indiferencia y la pereza con que vivimos.

Si en lugar de degradarnos en los boliches y comités nos dedicásemos a la lectura y a los problemas sociales, si supiéramos afirmar nuestros derechos directamente sin intermediarios y caudillos, sino como hombres dignos y no como esclavos temerosos que imploran a sus amos, hace tiempo que las cosas cambiaran y no seríamos como ahora víctimas de miserias, de engaños y de malos tratos.

Tenemos el deber de reaccionar y de hacernos valer como hombres, en interés nuestro y de nuestros hijos, si en verdad los amamos y no queremos solo sufrir toda la vida como sufrimos siempre los proletarios.

José F. Torres (Carmen)

Yo os digo: la cultura de un pueblo es independiente de su acumulación de posiciones. La grandeza de un pueblo no está en sus esferas de intereses, no en sus fuentes de materias primas. La grandeza y cultura, felicidad y porvenir de un pueblo no pueden jamás estar sobre el agua.

Pero la muerte de la espiritualidad de un pueblo está en sus cajas de hierro.

Leonhard Frank.

DEL FOLLETO «LA RELIGION Y SUS EXPLOTADORES» tenemos ya listos a disposición de los que lo soliciten para su distribución gratuita entre el pueblo, algunos miles. Sencillo, de facil lectura esboza la poca solidez de las doctrinas religiosas.

No tiene precio; dejamos a voluntad de los compañeros la contribución para solventar los gastos. Esperamos los pedidos. Avisamos a los paqueteros que les hemos remitido encomienda postal con 50 ejemplares.

DEUDAS

Por R. BARRETT

Me encuentro en la urgencia de hablar de mí. Particularmente considerado, mi caso no interesará a nadie, pero el hombre es un animal que induce. Tal vez el lector saque del ejemplo individual consecuencias generales. No de otro modo Isaac Nevvton, según cuentan, al ver caer la manzana se preguntó por qué no cae la Luna. La misma lógica que fundó la gravitación universal la amenaza hoy día. Es que la razón, pálida sombra de la vida, crea y destruye sucesivamente. He aquí ahora lo que a vuestra razón someto:

Debo un traje al sastre y no puedo pagárselo. Mi oficio de ideas no me permite por el momento pagar al sastre. El sastre se desespera y parece culparme de vagos crímenes.

He hecho mi examen de conciencia, y me he hallado limpio. He llegado a la conclusión de que mi deber es no pagar. Me he convencido de que solo por indolencia y por una especie de distracción rutinaria he seguido la costumbre viciosa de pagar las cuentas. Si trabajo sinceramente en una sociedad donde hay gente que bosteza en medio de un lujo grosero, como es posible que no se me asegure el abrigo contra la intemperie y una alimentación correcta? No soy quien debe sino a quien se debe. No tengo para qué pagar el mercado, ni al casero, ni al sastre.

El hace trajes, yo hago artículos. Yo le ofrezco cordialmente mis artículos. ¿Por qué no me ofrece cordialmente sus trajes? Lo natural es que aprovechemos en fraternal reciprocidad nuestras aptitudes; el me viste el cuerpo, yo le visto la inteligencia.

Si el mecanismo económico de nuestra civilización me obliga a caminar desnudo por la calle, no es culpa mía, sino de la civilización falsa en que vivimos.

Dios me libre de creer que es más meritorio escribir que cortar tela. Dios me libre también de creer lo contrario, y de aceptar como equitativo que mi sastre gane una fortuna con sus tijeras mientras yo apenas tengo con que comer. Quisiera que nuestra dignidad representativa fuera idéntica. Si se me concede que no pague mis modestas y pocas vestiduras, no tengo inconveniente alguno en que no se me paguen mis artículos, ni mis libros futuros, que son muchos y hermosos.

Así evitaría tocar el dinero, repulsivo como un sapo.

El dinero desaparecerá. Todo lo feo y lo absurdo desaparece tarde o temprano. Maravillosa es la división del trabajo y la perfección social de los hormigueros y de las colmenas. Sin embargo ni las hormigas ni las abejas conocen el dinero. El dinero pretende reducir a cifras nuestra aptitud espiritual. Pretende introducir la aritmética donde nada hay aritmético. La moneda es un malvado fantasma que nos da la ilusión de medir el egoísmo y aprisionar la humanidad. Y los fantasmas, aunque sean aparentemente más poderosos que los dioses mismos, están destinados a desvanecerse al soplo frío y puro de la mañana. Despertaremos, y nos avergonzaremos de nuestras pesadillas.

Al establecer que no debo pagar me adelanto a la época, y anticipo, aunque parcialmente, un mundo mejor, hasta para los sastres. Al no pagar, yo que nada poseo, y siempre produzco, realizo un bello simulacro. Las cosas son exactamente igual que si el sastre me regalara con que cubrir mi carne pecadora. Ya sé que no hay tal, que el deplora haberme fiado, mas este es un fenómeno interior.

Exteriormente, prácticamente me ha amado, puesto que me ha socorrido gratis. En el terreno de los hechos, no pagar es instituir sobre la tierra el régimen sublime de las donaciones.

Practicad, decía Pascal a los ateos, la fé vendrá. Comulgad todas las semanas y concluireis por persuadiros que la consagración es un misterio auténtico. Trabajad y no paguéis nunca, digo yo. A fuerza de ejercitar la caridad a pesar nuestro, acabaremos por sentirla. A fuerza de no cobrar, los sastres y demás obreros de la colmena humana se olvidarán de cobrar. Habrá otros móviles de acción que el oro, y una edad más razonable habrá dado comienzo.

———o)-O-(o———

El juego electoral

La ceremonia electoral es un espectáculo típico que la democracia brinda a la masa ciudadana para resarcirla de la monotonía de una vida gris y uniforme. Es preciso dar al pueblo la ilusión de su soberanía hacerle sentir de vez en cuando que él es el amo, que decide de su destino. También es necesario darle un rato de holgorio, de expansión animal, permitirle emborracharse, dar gritos, armar pendencias, para que luego continue aguantando el yugo con perfecta mansedumbre cívica. Los períodos electorales hacen las veces de los festejos públicos que organizaban las antiguas monarquías en que se permitía a la plebe unos dias de desenfreno como válvula de escape del rencor acumulado en su dura existencia.

La última partida electoral que agitó al país no se distinguió de las demás en ese sentido. Tampoco se distinguió en los episodios y procedimientos. Hubo como de costumbre exhibición cínica de miseria moral, comercio de conferencias, procaces insultos al adversario, promesas sin fin, alarde de "servicios prestados" a la patria, despliegue de recursos habituales en los políticos, incluyendo tiroteos y asaltos con algunos muertos y heridos entre los sectores genuinamente criollos.

Nada ha variado ni los nombres de de los candidatos que desde hace años usufructuan cómodas butacas parlamentarias. Menos variar[illegible] ni puede variar la situación de la gran masa electoral que desempeñó el papel de soberano en esa ficción que nadie toma en serio. Verdad es que hubo apasionamiento, interés superior al de otras veces, pero eso no quiere decir que los votantes creyeran que sus mandatarios irán a hacer quién sabe que grán obra en el Congreso. Demasiado se sabe que este es solo un circo de riñas políticas. Se vota por rutina, por necesidad de obtener un favor de un personaje influyente o porque sí nomás. Los que lo hagan por sincera convicción democrática son de anacrónica ingenuidad. Hay muchos ciudadanos que se apasionan por el resultado de una elección por el mismo motivo que esperan el desenlace de una carrera o de un partido de fútbol. Son hinchas que quieren ver ganar a su favorito. No pueden pedir más los señores candidatos.

Lo que se llama espíritu cívico es algo que ha muerto, si es que alguna vez ha existido. La democracia en conjunto es también una fórmula muerta, un organismo caduco que el pueblo soporta por incapacidad de reacción, por miedo a lo nuevo.

Cuando la indiferencia electoral se convierta en franco repudio, en voluntad innovadora se derrumbarán esas instituciones que tanto costó establecer y cuya inutilidad onerosa es cada vez más manifiesta.

Anyone

———o)O(o———

La moral entera—la ciencia del bién y del mal, de lo bueno y lo malo, de lo útil y de lo perjudicial, de la felicidad y la desgracia—se condensa en una serie terriblemente larga de cargas, obligaciones, de mandatos y prohibiciones que constantemente contrarían las pasiones..

S. FAURE

El socialismo a la fuerza

Cuando decimos que la violencia estatal, violencia sistemática y organizada, es absolutamente nociva para reconstruir la sociedad sobre bases equitativas, que el socialismo o el comunismo, fórmulas que intentan concretar la justicia económica no pueden establecerse sino con el consentimiento libre de los productores, los creyentes en la autoridad se burlan de lo que llaman nuestro utopismo y condenan nuestra actitud en nombre de los intereses prácticos de la revolución, de una necesidad de hierro que no reconoce escrúpulos humanitarios ni se detiene ante consideraciones sentimentales.

Según ellos, si los hombres de trabajo, no ya los burgueses no comprenden las ventajas de la producción colectiva, es preciso obligarlos a practicarla a la fuerza, para que aprecien tales ventajas y quieran o no sean los constructores de una sociedad nueva. Se trata de hacerlos felices aun contra su voluntad. Como la finalidad es tan grandiosa y bienhechora, poco importan los individuos que se sacrifican por ella.

Pero es el caso que la objección anarquista contra el "socialismo a la fuerza" no se basa solo en reparos humanitarios o en el rechazo de la violencia en general. Se apoya también en motivos prácticos, colocandose del punto de vista de la eficacia del método en relación con los resultados propuestos.

A la cantidad de experiencias históricas y actuales que afirman nuestra actitud puede agregarse con especial relieve las que ha traído la revolución rusa, que tienen por principales actores a los más fervientes y consecuentes cultores de la autoridad: los bolcheviques.

Entre los ejemplos que demuestran el fracaso del comunismo compulsivo el caso de la cuestión agraria es el más decisivo. Es evidente que en cualquier país la colaboración del elemento campesino y el aporte de sus productos es cuestión de importancia en una revolución, más aun en Rusia donde la población rural sobrepasa en gran proporción a la urbana. Tanto para el abastecimiento de las ciudades como para la reconstrucción misma de la sociedad había que contar con ese enorme núcleo tratando de ganarlo para la causa de la revolución. El campesino ruso, cansado de la opresión feudal bajo el zarismo no dejó de asociarse al movimiento que produjo la caída de aquel. Su viejo anhelo de ensanchar su reducido trozo de tierra se expandió potente alentado por el lema "la tierra al campesino", agitado por la revolución. Sin duda había mucho de individualismo sórdido en la adhesión de esos campesinos obsesionados por el afan de poseer más campo, pero es cierto también que en Rusia había una fuerte tradición de propiedad colectiva conservada a pesar del monopolio de los terratenientes.

Era indispensable demostrar a esos hombres las ventajas positivas de la colaboración con la ciudad y el trabajo en común. Había que vencer su desconfianza instintiva, el espíritu rutinario, su estrechez de miras. Tarea sumamente difícil que exigía mucho tacto, conocimiento de la idiosincracia campesina, respeto por ciertas inclinaciones características. En algunas regiones de Ukrania se hicieron ensayos felices de intercambio entre colectividades obreras y campesinas de sus respectivos productos, en cuya gestión intervenían libremente los interesados. La generalización de ese procedimiento hubiese contribuido a enseñar la bondad del comunismo federativo mejor que toda propaganda teórica.

La centralización del poder en manos de los bolcheviques hizo imposible tales ensayos. Fieles al dogma marxista, confiaron todo al poder estatal. Si los campesinos no querían entregar sus productos al gobierno (no ya a otros trabajadores) se los quitaría a la fuerza y al que se resistiera se le trataría como contrarrevolucionario, esto es sería fusilado. A esto se redujo en síntesis la sabia política agraria de Lenín y sus secuaces; así obraron los que presumían de prácticos, «técnicos» de la revolución.

El campesino se colocó entonces en una tenaz y sorda resistencia pasiva que mantiene el gran país agrícola en un constante estado de escasez. En vano los sicarios chequistas extremaban el terror castigando ferozmente a los mujiks que guardaban o vendían clandestinamente un poco de cereales. No por eso aumentaba la producción. El campesino preferiría sembrar lo indispensable para su uso antes que verse despojado por los burócratas más voraces que la langosta.

Es incalculable el mal que esa situación ha acarreado en Rusia y a la causa del comunismo en general. El más sórdido egoismo se aferra en las conciencias de los mujiks como reacción contra el atropello que se les hace en nombre de la revolución socialista. El gobierno oscila entre concesiones al comercio privado y aplicación estricta del "comunismo de guerra" que significa empleo de la cheka, fusilamientos, deportaciones.

Actualmente el plan de industrialización de los cinco años ha hecho extremar el último procedimiento. Se quiere hacer de Rusia un país industrial a la par de E. Unidos y por lo pronto hay que introducir una enormidad de máquinas. ¿Como pagarlas? Solo con la exportación de productos agropecuarios. Se requiza furiosamente las aldeas para dar al Estado los medios de ejecutar su plan. Y se exporta de Rusia cereales, manteca, etc. mientras en el país se requieren cartas especiales para conseguir un pedazo de pan. Menudean los procesos y ejecuciones sumarias de campesinos y la máquina burocrática trabaja con la mayor tensión para realizar el fantástico plan del cual espera la salvación.

Qué resultará de todo eso? Sea lo que fuese es indudable que el socialismo o el comunismo, como formas de resolver el problema económico sobre bases equitativas, no saldrá ganando allí, donde en todo y por todo se cuenta con la fuerza bruta para hacer trabajar a los hombres y quitarles el producto de su labor. Dura lección es esa que deben aprovechar los pueblos para buscar por otro camino su liberación del yugo capitalista y estatal.

Arcady

Fragmento

De: La Ciencia Moderna y el Anarquismo

En la revolución venidera los anarquistas ven un primer paso hacia el «comunismo libre», no intervenido por el Estado.

¿Son exactas las conclusiones del anarquismo?

La respuesta nos la dará la crítica científica de sus bases por una parte y por otra especialmente la vida práctica. Pero hay un punto en el cual sin duda el anarquismo está en lo cierto. Es cuando considera el estudio de las instituciones sociales como un capitulo de la ciencia natural; cuando se separa totalmente de los metafísicos y cuando adopta como método de razonamiento el método mismo que ha servido para edificar toda la ciencia moderna y toda la filosofía natural.

Siguiendo este método, los errores en que el anarquismo pueda caer serán facilmente reconocidos. Pero verificar nuestras conclusiones es solamente posible «por medio del método científico inductivo-deductivo, sobre el cual se han constituido todas las ciencias y por cuyo medio se han desenvuelto todas las concepciones cientificas del universo.

Kropotkine